

CANTO NOVENO.

La gran Tenochtitlan en poder de los invasores.—Tristeza y duelo de la ciudad destruida.—Imposibilidad de continuar la defensa.—Condición á que reducirán á los pueblos los conquistadores.—Resuelve el resto del ejército llevar á Cuauhtemoc á las montañas para continuar la guerra.—Párte el Emperador por el lago.—Lo persigue y alcanza un bergantín de la escuadra de Sandoval.—Prision de Cuauhtemoc.—Es presentado á Hernán Cortés.—Ofrecimientos de éste.—La sed de riquezas insolenta á los soldados españoles.—Resultados de esa codicia.—Se da tormento á Cuauhtemoc.—Grandeza de este héroe.—Su muerte.—Inmortalidad de su memoria.

¡Tenochtitlan! ¡Tenochtitlan! Tu suelo,
 Ensangrentado por injusta guerra,
 Guarda por donde quiera el desconsuelo,
 Por todas partes el dolor encierra.
 De tu águila caudal el raudo vuelo,
 Que recorrió tu dilatada tierra,
 Detuvo en lid audaz y asoladora
 La legion extranjera é invasora.

CANTO NOVENO.

La gran Tenochtitlan en poder de los invasores.—Tristeza y duelo de la ciudad destruida.—Imposibilidad de continuar la defensa.—Condición á que reducirán á los pueblos los conquistadores.—Resuelve el resto del ejército llevar á Cuauhtemoc á las montañas para continuar la guerra.—Párte el Emperador por el lago.—Lo persigue y alcanza un bergantín de la escuadra de Sandoval.—Prision de Cuauhtemoc.—Es presentado á Hernán Cortés.—Ofrecimientos de éste.—La sed de riquezas insolenta á los soldados españoles.—Resultados de esa codicia.—Se da tormento á Cuauhtemoc.—Grandeza de este héroe.—Su muerte.—Inmortalidad de su memoria.

¡Tenochtitlan! ¡Tenochtitlan! Tu suelo,
 Ensangrentado por injusta guerra,
 Guarda por donde quiera el desconsuelo,
 Por todas partes el dolor encierra.
 De tu águila caudal el raudo vuelo,
 Que recorrió tu dilatada tierra,
 Detuvo en lid audaz y asoladora
 La legion extranjera é invasora.

De los Hijos del Sol la cruda saña
Desbarató las bélicas secciones
Que para sostener esa campaña
Formaron los aztecas campeones.
No á la opresion tiránica de España
Cedieron del Anáhuac las naciones;
Sus hijos ¡ay! la patria defendieron
Y por ella con honra sucumbieron.

Sucumbieron valientes y esforzados
Sin inclinar la frente ante el verdugo;
Que los pechos que laten levantados,
La muerte anhelan maldiciendo el yugo.
Si en guerra desigual, que aniquilados
Fueran los pueblos á los dioses plugo,
No trocaron en pánico ni en miedo
De las altivas huestes el denuedo.

Yace la gran Tenochtitlan, señora
De los reinos de Anáhuac florecientes,
Desnuda de la gracia seductora
Que celebraran las extrañas gentes.
Ya el bien en su regazo no atesora;
Turbias están sus límpidas corrientes,
Y no agitan las brisas perfumadas
Las hojas de sus secas enramadas.

Mustios están los cármenes desiertos
Donde ántes la ventura residia;
No existen ya los encantados huertos
Que fueron manantiales de ambrosia.
No resuenan los plácidos conciertos
De las alondras saludando al dia:
En todo su poder Naturaleza
Mostrando está el dolor y la tristeza.

Cayeron ya los elevados muros
Que el pueblo en su defensa levantara;
No son los fosos ya sitios seguros
En los que muerte el español hallara.
Como á poder de ensalmos y conjuros,
Que la invasion á la ciudad llevara,
Los edificios fueron derribados
Y los templos y hogares saqueados.

No es ya la gran Tenochtitlan modelo
De ciudades, cual fué por su hermosura:
Manchado está doquier su fértil suelo
Con sangre y llanto lleno de amargura.
Nubla el azul de su envidiado cielo,
Corrompiendo la atmósfera tan pura,
El hálito fatal y aborrecible
De la legion que la invadió terrible.

Cadáveres y miembros mutilados,
 Cubriendo están las calles y calzadas;
 Hállanse en los hogares profanados
 Las armas de combate destrozadas.
 De los templos los dioses venerados
 No se encuentran del pueblo á las miradas:
 Todo es dolor y luto y desconsuelo
 En el que fué privilegiado suelo.

No llena la region del infinito
 El són de los sagrados atabales,
 Ni se alza aterrador de guerra el grito
 Que de venganza y muerte dió señales.
 De las barcas el ímpetu inaudito
 El pueblo no prepara en los jarales;
 Ya la legion tirana é invasora
 Es de la gran Tenochtitlan señora.

Cayó Tenochtitlan ¡oh suerte impía!
 Pero cayó cual cae por la tormenta
 El roble secular que desafia
 Firme el poder de tempestad violenta.
 No llegó á doblegar su bizarría
 En la lid que aceptó ruda y sangrienta:
 La gran ciudad, valiente y sin desmayo,
 Fué herida como el roble por el rayo.

Por el rayo terrible que lanzaban
 Del español las armas estruendosas;
 En tanto que las flechas resbalaban
 En su veste de escamas poderosas.
 Fué herida por la fuerza que llevaban
 Del invasor las filas procelosas,
 Que al rápido correr de los bridones
 Diezmaban del Anáhuac las legiones.

Pereció la ciudad enaltecida
 Al tirano rigor de la extranjera
 Gente, que desalmada y atrevida
 Llevó la destruccion por donde quiera.
 Pereció la ciudad: cuerpos sin vida
 Y puestos en monton, es la barrera
 Última que los fieles mexicanos
 Supieron oponer á los tiranos.

Y pereció Tenochtitlan cediendo
 Más que al poder contrario, á la asechanza;
 Pero al caer sus muros con estruendo,
 Resuena aún el grito de venganza.
 Sus defensores, en combate horrendo
 Víctimas son de criminal matanza,
 Sin rescatar sus pechos esforzados
 De la patria los fueros ultrajados.

Sostener la defensa es imposible:
 No existen ya los bravos defensores
 Que en el combate con afán terrible
 Domaron á los rudos invasores.
 El baluarte que hiciera inaccesible
 El pueblo en sus legítimos rencores,
 Debilitado en su redor se halla
 Al bárbaro poder de la metralla.

Los pertrechos de guerra se agotaron
 De la ciudad heroica en la defensa;
 La sed y el hambre al pueblo aniquilaron
 Con su espantable aterradora ofensa.
 Los dioses que benignos ampararon
 La poblacion, con potestad inmensa,
 De los teocallis arrancados fueron,
 Y los Hijos del Sol los destruyeron.

¿Cómo seguir la lucha sacrosanta
 Cuando no existen armas ni guerreros,
 Mientras audaz el invasor quebranta
 Los muros al poder de los aceros?
 ¿Cómo atajar la turba que adelanta
 Unida por canales y senderos,
 Si la legion de Anáhuac, brava y fuerte,
 En la incesante lid halló la muerte?

¿El caracol de Cuauhtemoc osado
 A quién convocará para la guerra?
 ¿Quién al són del teohuéhuatl esforzado
 Vendrá en defensa de la patria tierra?
 ¿Qué flechas ó qué piedras denodado
 Mandará al invasor, á quien aterra,
 El mexicano Rey, que por su brillo
 Es del Anáhuac inmortal caudillo?

¡Sólo resta morir! El patrio suelo
 Mancillado será; bandera extraña
 Clavarán los contrarios con anhelo
 En la ciudad, el valle y la montaña.
 El águila imperial tenderá el vuelo
 Para escapar de la extranjera saña,
 Y los pueblos que hoy son libres y bravos
 Tornaránse en medrosos y en esclavos.

Y la noble ciudad de Moctezuma,
 De ilustracion espléndido recinto,
 No guardará de su grandeza suma
 Más que un recuerdo vago é indistinto.
 Al rico traje de sedosa pluma,
 Que pronto en la ciudad quedará extinto,
 Sustituirán del español severo
 La tosca tela y el pesado acero.

De los regios alcázares el oro
 Hartará la codicia castellana;
 Y de los sacros dioses en desdoro
 Se alzaré por doquier la cruz cristiana.
 A todas horas el clarín sonoro
 Recordará la cruda é inhumana
 Guerra en que sucumbieron cien naciones
 Por la traición de innobles corazones.

Errantes andarán en la espesura
 De los vírgenes bosques dilatados
 Los mexicanos que con fe segura
 Huyan de los lugares conquistados.
 ¡Quién sabe! acaso llenos de bravura
 Puedan, á nueva lucha convocados,
 De la conquista sacudir el yugo
 Y hartarse con la sangre del verdugo.

¡Tal vez se pierda en el remoto Ocaso
 Para volver más puro por Oriente,
 El sol de la esperanza, y llegue acaso
 A aparecer más limpio y refulgente!
 Tal piensa en Tlatelolco el resto escaso
 Del defensor ejército valiente,
 Que conducir á Cnauhtemoc desea
 Al sitio en que renueve la pelea.

Los esquifes meciéndose ligeros
 En las aguas del lago cristalino,
 Esperan á los ínclitos guerreros
 Que de la patria tienen el destino.
 Tripulan las piraguas los flecheros
 De la guardia imperial, que en el camino
 Defenderán al noble soberano
 Del ataque tenaz del castellano.

Y nuevo Eneas el gentil mancebo,
 Cargando sus penates y afligido,
 Para dar á su raza asilo nuevo,
 En brazos del azar marcha atrevido.
 Su luz esplendorosa vierte Febo
 Cuando el monarca parte decidido,
 Mostrando así á la luz del claro día,
 Que en su valor inquebrantable fia.

Está el Norte del lago resguardado
 Por Sandoval con tres de las veleras
 Embarcaciones, y por ese lado
 Las piraguas dirígense ligeras.
 Distingue el movimiento acelerado
 De las barcas que pasan altaneras,
 Y ordena á Holguin que con su nave avance
 Y dé á la flota mexicana alcance.

Cnal flecha por el arco disparada,
 La embarcacion de Holguin las aguas híende
 Hasta llegar á la pequeña armada
 Que de tal agresion no se defiende.
 En la barca imperial, que adelantada
 De todas las demas, al riesgo atiende,
 Resuena así la voz del soberano
 Dirigiéndose al jefe castellano:

“¡Soy el Emperador! Contén tu arrojo,
 No quiero luchar más; tu prisionero
 Me declaro sin miedo ni sonrojo,
 Porque la muerte á la abyeccion prefiero.
 Sólo exijo de tí que sin enojo
 A la reina trateis, y así lo espero:
 Soy tuyo; á tu señor la nueva envia
 Y al sitio en que se encuentra pronto guía.”

Así habló Cuauhtemoc fiero y valiente;
 Y al ver que Holguin á su escuadron ordena
 Que se apodere de su armada gente,
 Repone con la voz firme y serena:
 “No temas, capitán: á mí obediente
 Toda esa tropa seguirá sin pena
 De su rey el destino infortunado
 Ya que encontrar la muerte no ha logrado.”

Holguin entónces á Cortés envia
 De la prision la nueva, y sin recelo
 Porque en el noble Cuauhtemoc confia,
 A la ciudad avanza con anhelo.
 Formando numerosa compañía,
 Y sintiendo terrible desconuelo,
 Van detrás del monarca valeroso
 Los restos de su ejército animoso.

De la inclita ciudad en las ruinas
 Gran fiesta el invasor se proporciona;
 Al toque de las bélicas bocinas
 El triunfo de sus armas ya pregona.
 Disponen los soldados con cortinas
 La tienda de Cortés, que á la persona
 Del ilustre monarca prisionero
 Va á recibir con fausto verdadero.

Bajo rico dosel, y rodeado
 De los más distinguidos capitanes
 De su hueste, el guerrero afortunado
 Va presto el logro á ver de sus afanes.
 La traidora Malintzin está al lado
 De Cortés, cuyos rudos ademanos
 Demuestran su inquietud al ver que tarda
 El regio prisionero á quien aguarda.

Viste el jefe español tosca armadura
 Aderezada con gentil esmero:
 En el siniestro lado se asegura
 En el tahalí su espada de guerrero.
 De la banda que ajusta su cintura
 Cuelga un puñal riquísimo de acero,
 Y, descubierta la tostada frente,
 Mostrando está su altivo continente.

Suena luego el clarín: rumor cercano
 Del prisionero anuncia la llegada;
 Enderézase el jefe castellano
 Y en derredor dirige la mirada.
 Sandoval, conduciendo al soberano
 De México, penetra en la morada
 De Hernan Cortés, que su poder ostenta,
 Y el cautivo monarca le presenta.

Cifñendo con orgullo la corona
 De sus mayores, rápido adelanta
Cuauhtemoc á Cortés, en su persona
 Mostrando que el dolor no le quebranta.
 Su arrojo en trance tal no le abandona;
 El suelo pisa con segura planta;
 Así, altivo, soberbio y levantado,
 De su audaz enemigo llega al lado.

Envuelve en su mirada centellante
 A Hernan Cortés, que admira su entereza,
 Y clavándola luego en el semblante
 De su contrario, yergue la cabeza.
 Acércasele más; toca anhelante
 El puñal acerado, y con tristeza,
 Pero obediente al patrio sentimiento,
 Así le dice con seguro acento:

“¿Qué aguardas, poderoso castellano,
 Que en mi pecho no clavas este acero?.....
 Reside en mí el imperio mexicano
 Y soy embarazoso prisionero.....
 Perezca yo por tu enemiga mano,
 Ya que no pude hallar como guerrero
 La muerte al defender con osadía
 El caro suelo de la patria mía.”³⁹

Dijo, y como rodara silenciosa
 En su mejilla lágrima ferviente,
 Enjúgala con mano presurosa
 Alzando más la coronada frente.
 Bella escena en que brilla esplendorosa
 La heroicidad de **Cuauhtemoc** valiente,
 Que sabe conservar honrada y pura
 Del azteca monarca la figura!

¡Cuánta sublimidad! ¡Cuánta grandeza
 Abarca el sér del regio prisionero,
 Que manteniendo limpia su nobleza,
 La muerte pide al enemigo artero!
 Igualan su valor y fortaleza
 Las dotes del bizarro caballero
 Que "sin miedo y sin tacha" apellidaran
 Los que sus grandes hechos presenciaran.

Tiende Cortés á **Cuauhtemoc** la mano
 En muestra de amistad: justo homenaje
 Rendido á la altivez del soberano
 Que no llega rindiendo vasallaje.
 Con dulzura despues el castellano,
 Para no hacer á **Cuauhtemoc** ultraje,
 Estas palabras dice lentamente
 Que de respeto son signo patente:

"No eres ¡oh rey! el prisionero mio:
 Del más grande monarca de la tierra
 Tu destino depende; yo lo fio,
 Y mi palabra la verdad encierra.
 Podrás de tu grandeza el poderío
 Recobrar, si apartado de la guerra
 Logras de su amistad el don agosto,
 Que es mi señor tan noble como justo.

"Sus mandatos espero, y miétras tanto
 Respetado serás; en mí confía;
 Te cubrirá de mi poder el manto
 Y á tu servicio doy la gente mia.
 Dando tregua tu espíritu al quebranto,
 Recobra la quietud y la alegría,
 Que aquí entre las costumbres castellanias
 De ménos no echarás las mexicanas."¹⁴⁰

Dijo, y llamando á Sandoval, le ordena
 Retire luego al imperial cautivo,
 Que sin mostrar debilidad ni pena,
 Sale como llegó, fiero y altivo.
 Nunca al peso de bárbara cadena
 Se doblega el leon, que al incentivo
 De libertad, rugiendo poderoso,
 Sabe romper el hierro vergonzoso.

Y pasaron los dias, y constantes
 En su codicia vil los castellanias,
 Buscaban ambiciosos y anhelantes
 Los soñados tesoros mexicanias.
 Más severos mostraban los semblantes
 Al ver que sus intentos eran vanos,
 Porque la sed del oro producía
 En ellos más horrible tiranía.

Preséntanse á Cortés insolentados
 Los que obedientes su pendon siguieron;
 Ya no son los guerreros esforzados
 Que á la voz de su jefe combatieron.
 Hoy por el ansia de oro arrebatados,
 A la avaricia débiles cedieron,
 Y reclamando el oro prometido,
 Asedian ¡ay! al capitán querido.

Hernán Cortés, cediendo temeroso
 De su gente á la mísera exigencia,
 Pide al Rey mexicano el valioso
 Tesoro que del cetro fué la herencia.
 Creyendo el español que cauteloso
 A entregarlo se niega, le sentencia,
 Desprovisto de humano sentimiento,
 A sufrir los horrores del tormento.

En oscuro salón desaliñado
 Y de apariencia repugnante y fea,
 El bárbaro tormento es preparado
 Según el jefe principal desea.
 El lúgubre recinto está alumbrado
 Por luz escasa de rojiza tea,
 Y dos hombres de aspecto rudo y fiero
 Alimentan las ascuas de un brasero.

Dos hombres más el líquido disponen
 Con que se debe unguir al soberano
 Para darle el tormento, y cerca ponen
 La sacra imagen de su Dios cristiano.
 De tal suerte el terror al pueblo imponen
 Los guerreros del jefe castellano;
 Así arrancar la confesión pretenden
 A aquel cuya grandeza no comprenden.

Conducen al monarca en compañía
 Del que rey de Tlacopan se llamara,
 Y que de Cuauhtemoc pertenecía
 A la estirpe honorífica y preclara.
 Gran reunión española precedía
 A las víctimas régias, que con rara
 Serenidad caminan al tormento
 Sin expresar terror ni desaliento.

A Cuauhtemoc pregunta el que á su cargo
 Tiene las arcas del real tesoro
 Dónde está el de su reino, y con amargo
 Acento dice el príncipe: "Lo ignoro."
 Manda entónces cumplir su vil encargo
 Cortés á los verdugos, con desdoro
 De la culta nación que representa,
 Y del linaje humano para afrenta.

A los reyes se acercan decididos
 Los verdugos serviles y asquerosos,
 Y profanan infames y atrevidos
 Los cuerpos de los héroes valerosos.
 Con cordeles los atan, y extendidos
 Encima de los bancos oprobiosos,
 Les ungen con aceite piés y manos
 Y el fuego les acercan inhumanos.

Valiente **Cuauhtemoc**, está impasible
 El dolor del tormento soportando,
 Aunque su piel, en combustion horrible,
 Se va rápidamente desgarrando.
 Soportar el martirio no es posible
 Al señor de Tlacopan, que olvidando
 Su calidad de rey y de guerrero,
 Un ¡ay! su pecho exhala lastimero.

“¡Hombre de escaso corazon, alienta!”
 Le dice **Cuauhtemoc** con voz segura;
 “El dolor con los ayes se acrecienta
 “Y es más fuerte si el ánimo no dura.
 “¿Crees que un lecho de rosas representa
 “Este infamante banco por ventura?
 “¿Te imaginas que es baño ó es deleite
 “El que yo siento abrasador aceite?”¹¹

Quedan á este lenguaje avergonzados
 Cortés y sus secuaces; y al momento,
 De valor tan espléndido admirados,
 Mandan que cese el bárbaro tormento.
 La historia, empero, guardará manchados
 Por ese infame y vil atrevimiento
 Que es imposible disculpar, los nombres
 De tan inícuos y ambiciosos hombres.

Inícuos, sí, porque guardar prometen
 Respeto y proteccion al prisionero,
 Y despues como fieras le acometen
 Hartando en él su instinto carnicero.
 Ambiciosos y viles, que someten
 A tal degradacion al rey guerrero
 Por la sed insaciable de riqueza,
 Fruto de la maldad y la impureza.

Así inaugura su fatal dominio
 El que de ilustracion faro se nombra;
 Que los dioses entrega al exterminio
 Y con sus restos la ciudad alfombra.
 A la razon preside el latrocinio;
 La piedad, de lo injusto no se asombra;
 A lo grande y lo noble se escarnece
 Y la virtud degradacion merece.

¿Y esta es la luz brillante que derrama
 Con la heroica conquista el Viejo Mundo?
 ¿De civilizacion la pura llama
 Viene quizás del báratro profundo?
 ¿Es la cultura la que así se infama
 Y se revuelca en lodazal inundo,
 Hollando de los hombres los derechos
 Y mancillando los valientes pechos?

¡Atrás! ¡atrás!..... La vergonzosa hoguera
 No vale el mexicano sacrificio.....
 Se arranca en el teocalli con certera
 Mano la vida en rápido suplicio.
 ¿Quemar las vivas carnes con grosera
 Satisfaccion, obedeciendo al vicio,
 No acusa más error, más ignorancia,
 Produciendo á la vez más repugnancia?

¡Egregio **Cuauhtemoc!** Del heroismo
 A la mansion sublime has penetrado;
 Simboliza de hoy más el patriotismo
 Tu nombre, para México sagrado.
 Tu valor, humillando el despotismo,
 Eterno monumento ha levantado
 A la nacion que su honra te entregara
 Para que más espléndida brillara.

Pero forzoso es perecer. La suerte
 Contra el Rey mexicano se conjura,
 Y por ser valeroso, noble y fuerte,
 Rápido marcha á perdicion segura.
 Temeroso Cortés, á horrenda muerte
 A **Cuauhtemoc** condena;⁴² y su figura
 Al desprenderse de la patria amada
 Se envuelve más en gloria inmaculada.

Porque su genio grande y poderoso
 Dirigió en el combate á las legiones,
 Y siempre bravo, fuerte y animoso
 Rechazó las contrarias agresiones.
 Él con su acento altivo y valeroso
 Hizo mover de Anáhuac las naciones,
 Que palmo á palmo en tan terrible guerra
 Supieron defender la patria tierra.

A su valiente ejemplo los soldados
 Que de Tenochtitlan defensa fueron,
 Del amor á la patria arrebatados,
 En titánica lucha combatieron.
 A su potente voz entusiasmados
 Los pueblos á las armas acudieron,
 Para mostrar, lidiando decididos,
 Que no nacieron siervos corrompidos.

Testimonio del genio soberano
 De los hijos de Anáhuac, que la historia
 Guarda en fe de que el pueblo mexicano
 Logró cubrirse de guerrera gloria.
 Si en lucha con Cortés batalló en vano;
 Si le negó el destino la victoria,
 El renombre que obtuvo de valiente
 La fama llevará de gente en gente.

FIN DEL POEMA.

NOTAS.

1 Comienza la acción del poema en este punto de la historia, porque siendo el objeto del autor cantar la grandeza del héroe que da su nombre á este trabajo, natural es que principie la obra en los momentos en que los mexicanos se resolvieron á combatir á los españoles, que en s6n de amistad y concordia, se alojaron en la capital del imperio. Los acontecimientos anteriores, tales como la defensa de Tlaxcala y la matanza de los cholultecas, aunque muy dignos de ser cantados, no pueden entrar en el presente poema, porque son ajenos al héroe principal, con quien ni remotamente pueden relacionarse.

2 Residencia principal de los antiguos soberanos de México, situada al Norte de la gran Tenochtitlan, de la que estaba separada por un canal. En ella celebraban consejo las grandes dignidades del reino, y es célebre en la historia por haber sido el último punto de defensa de los mexicanos en la guerra de conquista.